

CAPÍTULO X.

Nuevo trabajo del Sr. Vera.—Su refutación del “Libro de sensación” y sus “Aditamentos” y de un opúsculo “Exquisitio histórica” en latín vergonzante.—Sus nuevas conquistas de datos.—El nombre de Coatlallopeu dado á conocer por el Sr. Vera como el más acertado para explicar el origen del nombre de Guadalupe.—La conducta del Sr. Zumárraga.—Se esclarece más en ese trabajo en pro de la Guadalupana.—El silencio de Montolinia, Garcés, Gante, Fuenleal, Mendoza y las Casas, más y más favorablemente explicado.

LOS antiguadalupanos, en sus preocupaciones histórico-críticas, tenían que portarse con la lectura del proceso de Bustamante, como los fariseos con la noticia del terremoto que siguió á la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Como estos no vieron resucitar al divino humanado Verbo, tuvieron pretexto para decir que el cuerpo exánime había sido hurtado por sus discípulos. A semejanza de eso, como en el proceso de Bustamante no se ponen literalmente las palabras «Juan Diego,» «aparición de la celeste Pintura,» ni «mensajes á Zumárraga,» los antiguadalupanos no entendieron que la *devoción nueva*, parecida á la de Guadalupe de Estremadura, y lo de irritarse el pueblo porque se daba á un indio Marcos por autor de la *Imagen preciosa*, era lo mismo que decir: «la Madre de Dios se apareció á Juan Diego; éste por señas llevó en su manta la imagen pintada por milagro al Obispo de México.»

Preocupados así los antiguadalupanos, minoría exigua, protestante-racionalista-liberal-jacobina, escribieron el «Libro de sensación,» los «Aditamentos» y la ridícula «Exquisitio histórica» en latín, si más pavoroso que rastrero, no se sabe; y de ahí vino el insigne triunfo de nuestro Sr. Vera: su gran libro cuya quinta esen-

cia, como aficionados químicos, queremos exhibir, cual perfume exquisito, á los amantes del buen gusto y por ende de la verdad.

El Sr. Vera, en su nuevo libro, grande como todos los suyos, «Contestación histórico-crítica en defensa de la maravillosa Aparición, etc.,» á la campal batalla que los tristes anónimos antiguadalupanos presentan contra los reales de la gran Reina, acude con tan magistral bizzarria, que la derrota y fuga del enemigo es general en todas las filas, y el campo queda á disposición nuestra en todos los reductos. Recorramos ese campo y hagámonos cargo de cada uno de los triunfos de nuestro adalid.

Primero. Nuestro Ilmo. autor nos ha presentado de una manera decisiva la solución de la antigua dificultad acerca del origen del nombre de Guadalupe, con que resultó denominada la Aparición y la Imagen del Tepeyac. ¿Qué puede faltar ya para que se acepte como un hecho histórico, el que la palabra confiada por la Reina de los cielos, como mensaje complementario que no dió á Juan Diego, y sí á Juan Bernardino, para el Obispo, fué la de *Coa-tlallo-peuh* (la que venció á la serpiente) y no la castellana de *Guadalupe*?

El acierto de esta interpretación se retardaba, porque se detenía en algo menos determinado y menos congruente, como es eso de *Tequantlanopeuh* (la que salió de la Cumbre) ó *Tequantlaxopeuh* (la que ahuyentó á los que nos comían); pero vino esta tan verosímil, y ya nada queda que desear.

Verosímil decimos, hoy más ilustrados por novísimos celestiales sucesos, que no lo fué Becerra Tanco en su tiempo.

Hoy tenemos un dato brillantísimo. *Yo soy la Inmaculada Concepción*, ha dicho en Lourdes la Madre de Dios, el para siempre memorable día 25 de Marzo de 1858 á la dichosa Bernardita, en presencia de gran número de los habitantes de la ciudad. Esa gran frase

venía á confirmar la gran frase de Pío IX del 8 de Diciembre de 1854.

Y así, contamos, de Lourdes á Tepeyac y Tolpetlac, á través de tres siglos, con este paralelo: *Yo soy la Inmaculada Concepción. Yo soy la que arrojé á la serpiente.* Palabras encomendadas allí á la jovencita, hija de un pobre molinero; aquí á un humilde anciano plebeyo; y sobre la palabra de uno y otro, tenemos en una y en otra parte un mundo renovado, un mundo en adoración, un mundo aplaudiendo grandes maravillas, un mundo que levanta allá como aquí, con raudales de dineros de pobres limosnas, dos basílicas que valen por triunfo señaladísimo de lo sobrenatural en la tierra.

Catad no menos estos dos puntos hermosísimos del paralelismo: Pío IX, para el mundo todo, proclamaba en 1854 claramente la Inmaculada Concepción.—Benedicto XIV, en 1754, solemnemente reconocía, precisamente un siglo antes, la verdad de la Aparición del Tepeyac y de la pintura milagrosa, que es muy bien llamada la *Imagen mexicana de la Inmaculada Concepción*. Contra Lutero y Calvino, la Inmaculada del Tepeyac; contra Voltaire y Rousseau y los racionalistas y liberales jacobinos de hoy, la Inmaculada de Lourdes; contra los iconoclastas protestantes y los negadores de la intercesión de los santos, venía muy bien la prodigiosa Pintura Guadalupana; contra la neicia incredulidad de los enciclopedistas y la insensata negación ó desdén de los racionalistas ó liberales jacobinos de hoy, ha venido el milagro de la fuente de la gruta de Lourdes, que brota al mando de la visión de Bernardita y á la vista de todos los habitantes de Lourdes, incluso también los granaderos que pedía Voltaire para creer él viéndoles creer á ellos, á la vista de un verdadero milagro.

Gran palabra es, pues, la que á un *Bernardino* se dijo en Tolpetlac, como gran palabra es esta otra, dicha á una *Bernardita*. La palabra de Bernardino per-

maneció clara por entonces, pero sólo en el *hecho representativo* de la celeste Pintura de una *Inmaculada admirable*; mas esa palabra, como voz, convirtiose en la palabra ó voz *Guadalupe*, quedando como un misterio la voz azteca primitiva y generadora de esa voz española *Guadalupe*. Becerra Tanco, cuyo genio y ciencia estaban á la altura de su humildísima fe, al tocar este punto en su calidad histórica, se expresa con esta cordura que hoy más que nunca es de celebrársele. *El motivo que tuvo la Virgen para que su imagen se llamase de GUADALUPE, no lo dijo; y así, no se sabe, hasta que Dios sea servido de declarar este misterio.*

En nuestro humilde concepto, y á reserva de lo que afirmen los que más saben, Dios se ha servido ya aclarar este misterio, con el suceso ya notado de Lourdes, el 25 de Marzo de 1858. «Yo soy la Inmaculada Concepción.»

Y así resumimos y concretamos:

Primero. El nombre que de sí misma dió á Juan Bernardino María Santísima, para el Obispo Sr. Zumárraga, fué el de Coa-tlallo-peuh. (La que arrojó á la serpiente.)

Segundo. Traducido este nombre al Obispo por los intérpretes, le confirmó en reconocer en la Pintura Guadalupana, un celeste y bíblico ideal de la Inmaculada Concepción. Con lo que se explica ese mucho nombrar y mucho venerar del gran Obispo á la Madre de Dios, á la Inmaculada; con lo que se explica, eso que tan justamente hace notar el Sr. Vera, que «Concepción de México» ó celeste Pintura Guadalupana, eran sinónimos.

Tercero. La conversión de *Coa-tlallo-peuh* en *Guadalupe*, dejada por la Providencia al curso natural de las leyes lingüísticas sobre derivación de palabras, muy especialmente fué ayudada (esa conversión) en vista ó con el fin de que, la aparición de la Guadalupana de Estremadura, de antigua y familiar noticia de los con-

quistadores, hiciese reconocer en la del Tepeyac el modo de obrar de Dios, que para hacer edificar templos suntuosísimos en que se diese culto á la imagen de la Madre suya, como sucedió con la Guadalupe de Estremadura, se ha valido las más veces de humildísimos y despreciables mensajeros.

Cuarto. Que los sucesos de la Aparición del Tepeyac, preparados en grado inferior por la de Estremadura, fueron á su vez preparación de los sucesos de la Inmaculada de 1854 en el Vaticano, y de la Inmaculada en Lourdes en 1858. Lo que se persuade con la coincidencia providencial que ya notamos de 1754, 25 de Mayo, y 8 de Diciembre de 1854, y con la coincidencia providencial de Bernardino y Bernardita, los dos pregoneiros de la Inmaculada del Tepeyac y de la de Lourdes.

Parece, pues, que la humilde fe y la alta ciencia de Becerra Tanco, han quedado justificadas y que la insigne empresa de nuestro Padre el Sr. Vera, no es infructuosa.

Otro servicio triunfador de nuestro incansable Ilmo. apologista, es el de esclarecer, tan bien como lo ha hecho, la alta razón de conducta del Sr. Zumárraga ante el milagro guadalupano. El demuestra que esa conducta de silencio y reserva en palabras y activa en obras, es elocuentísima en pro de la verdad guadalupana. Ya lo hicimos notar por nuestra parte en el cap. IV, sin tener en cuenta lo que después de escrito ese capítulo, ahora exploramos y notamos en las páginas de este nuevo libro del Sr. Vera. En éste vemos con gusto ratificado y superado nuestro humilde modo de comentar los datos nuevos de la época del Sr. Zumárraga.

El Sr. Vera dice: Zumárraga era un santo, y santo en humildad; luego su silencio acerca de la Guadalupe, reservado en palabras, activo en obras, es elocuentísimo. Esto lo demuestra el escritor insigne á más y mejor. Dice también: Zumárraga era sabio y obser-

vantísimo de los cánones; no podía, pues, constituirse juez en declarar canónicamente la Aparición, siendo favorecido grandemente por ella. El santo Obispo no menciona el nombre de Guadalupe ni una vez; pero es afectuosísimo en designarla con el nombre y los epítetos mismos con que en los días del segundo Arzobispo se preconizaba á la Guadalupana, dice el Sr. Vera: «la Virgen Santísima su Madre (de Jesucristo);» «su bendita Madre,» «Sacratísima é Inmaculata Virgen Santa María,» etc. Mérito es del Sr. Vera esclarecer todo perfectamente y probar con dos poderosas razones que el Sr. Zumárraga hizo él mismo la erección del Santuario del Tepeyac, y con ocho eruditísimos considerando la edificación que hizo el mismo Sr. Zumárraga de esa primera ermita que encontró ya edificada el Sr. Montúfar.

Acerca de la historia de Motolinia, deja nuestro apologista magistralmente patentizada la razón del silencio elocuente del santo misionero respecto del milagro guadalupano, no sólo por la razón de no haberlo autenticado, como se ha visto, el Sr. Zumárraga, sino por la muy victoriosa de esta frase textual del insigne compañero de Zumárraga, que antes notamos y conviene ahora repetir: «según el consejo del sabio, no deben ser los hombres loados en esta caduca vida» «y este es mi intento, de no loar á ningún vivo en particular.» La historia de Motolinia se concluyó en 1543; Zumárraga murió hasta 1548. Está dicho todo.

Si del silencio del señor Obispo Garcés ha de tratarse, en su célebre carta al Sumo Pontífice Paulo III, dice el Sr. Vera, ni había por qué narrar el milagro guadalupano cuando en esa carta se trata *de las buenas costumbres y fe de estos indios*, cosa que era de obvia apreciación para demostrar el intento de defensa de esta cristianidad tan remota del centro romano, ni es de suponerse que un milagro no autenticado y de tan asombrosa magnitud como es el Guadalupano, fuese ni

canónicamente permitido, ni en la ocasión de esa carta oportuno hacerlo figurar en ella.

Lo mismo hace notar el Sr. Vera de las cartas del P. Gante, por lo que ve á las anteriores á 1556 en que se autenticó el milagro. En cuanto á las posteriores, militan, para callar, las dificultades que ocasionó Bustamante. En todo caso, nota felizmente nuestro apolo-gista: «¿qué importa todo esto, cuando los cronistas franciscanos dicen á boca llena, que el Ilmo. y Rmo. Sr. Montúfar se expresaba así: «yo no soy el Arzobispo de México, sino Fray Pedro de Gante.» (Mendieta, lib. V. part. 1ª, pág. 609.) Luego el Consejero de la muy guadalupana conducta, permítasenos la frase, del Sr. Montúfar, debe de haber sido muy guadalupano; y cátese, lo nota nuestro incansable apolo-gista, que el insigne lego (P. Gante) tuvo íntima y santa amistad con el Sr. Zumárraga. (Icazbalceta. Nueva Colección.)

El silencio del Sr. Obispo Fuenleal lo vindica así el Sr. Vera, (refiriéndose á los informes de ese Obispo Presidente de la Audiencia al Rey de España): «Como el electo (V. Zumárraga) podrá de ello informar á Vuestra Magestad.» «Porque de ello informará el electo de esta ciudad.» (Asuntos eclesiásticos y protectorado de los indios.) El silencio del Virrey Mendoza no tiene por qué objetarse, cuando no hubo dificultades eclesiásticas en su tiempo de virreinato, y el silencio del virrey Velasco es contraproducente á los anti-guadalupanos, porque dificultad grande y de *sensación* se tiene con la locura de Bustamante, que si locura no fuera la de él, locura habría sido la del devoto guadalupano Montúfar, y esto habría sido la dificultad de que se informase por el Virrey á la Corona, mientras que, la de Bustamante, al Arzobispo incumbía remediarla, como la remedió canónicamente dentro de casa.

Por fin, hasta del silencio en las cartas de D. Fernando Cortés, da buena cuenta nuestro apolo-gista contra «el de *Sensación*,» ni estaba entonces autenticado el

milagro, ni el Conquistador gobernaba en 1531, ni estaba para informes ante la Corte, aquél que se preocupaba en su defensiva contra cortesanos hostiles y envidiosos. Del P. las Casas hay razones semejantes para su silencio; mas añade nuestro Sr. Vera: «Tengo sin embargo por muy probable, que el «Cancionero espiritual» «las coplas muy devotas en loor de la Santísima Virgen María, Madre de Jesucristo, referentes serían á la Santa Imagen venerada en el Tepeyac.

CAPÍTULO XI.

El silencio de Mendieta, González y Grijalva.—Salagún con desfavorable justicia juzgado.—Gran adelanto apolo-gético.—Torquemada y Bernal Díaz.—Adelanto en explicar sus alusiones guadalupanas.—La advocación de la Natividad.—Dato nuevo del Sr. Vera.—Poesía guadalupana de Eslava.—Derrota de los anti-guadalupanos.—Datos de Couto.—Arango y Escandón, y Pesado.—Continuación del precedente.

B partir de la época del P. Mendieta, á contar de la insurrección de Bustamante (1556), la razón del silencio es notoria y no menos la razón de la hostilidad, si bien de muy pocos, más ó menos resuelta. Ese silencio ó recato, como lo llama el editor de Torquemada, duró desde 1556 hasta 1649, como nos hace notar el Sr. Vera. Ese silencio impuesto por un pacto de fraternal, bien ó mal entendida caridad, se hizo extensivo á todas las órdenes religiosas y él explica muchos enigmas de conducta en historia de todos los autores frailes de esa época.

Todo lo hace palpable el Sr. Vera, hasta el grado de que el asunto Guadalupano es excepcional en materias histórico-críticas, por las resurrecciones, que así parecen, muchos problemas antes insolubles, resueltos al fin,